

El "fenómeno" Radrigán

Quince obras, premios, viajes, montajes extranjeros y un próximo estreno alegórico, muestra dramaturgo que nunca fue a la escuela

POR ANA MARIA FOXLEY

Como los personajes de sus piezas dramáticas, Juan Radrigán (49, separado, dos hijos) es modesto pero digno, simple pero profundo, dotado de una gran sabiduría popular y de una fina sensibilidad poética. Y como ellos, cuando puede, ejerce el derecho a expresarse con una lengua a veces mordaz y caústica.

Su vida y su obra pertenecen a la cultura de la pobreza. Un modo de existir preñado, eso sí, de otras riquezas. Como la dignidad humana, *leitmotiv* de sus quince obras escritas en un tiempo *record* de seis años y medio. Todas estrenadas o por estrenar en Chile y el extranjero.

Vivió desde chico en la marginalidad. Su padre era mecánico de tractores y acarrea a su madre y a sus cuatro hermanos en un camión, por todo Chile. Comían, dormían, vivían en ese camión, en medio de carreteras y despoblados.

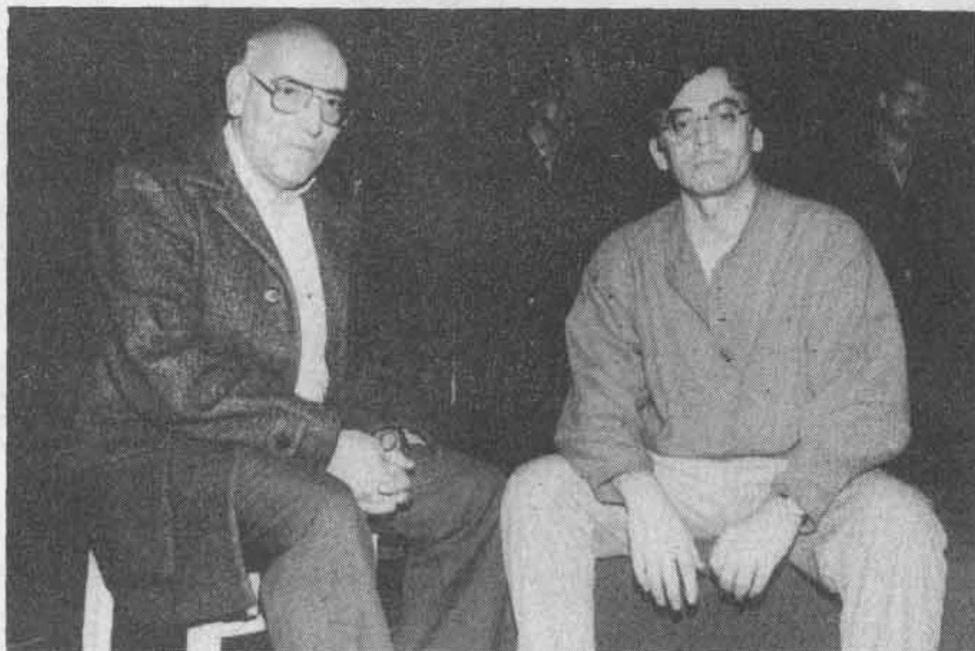
Juan era el menor y, cuando su padre los dejó, tuvo que trabajar en lo que tocara, desde los doce años. Nunca fue a la escuela. Apenas si sabía leer: su madre, de profesión maestra, le había enseñado lo básico. Radrigán en Santiago empezó a acarrear bultos en La Vega. Luego fue desabollador, carpintero, pintor, albañil, obrero textil y hasta dirigió varios sindicatos. Cuando quedó cesante, instaló un puesto de libros viejos en la Plaza Almagro.

En eso estaba cuando cambió su destino. Todo "gracias a los carabineros". Un día de 1976, los uniformados les sacaron parte a él y a sus colegas del sector, por no tener patente: la Municipalidad se había atrasado en entregárselas. De ahí le surgió la idea de *Testimonio de las muertes de Sabina*: su primera obra de teatro.

En pocos años, el "fenómeno Radrigán", llegó a tal punto que no sólo los periodistas lo destacaron sino que el Círculo de Críticos lo premió en 1982, por lo valioso de su producción. También apareció un libro con dos estudios y once de sus obras (Editorial Universitaria, 1984).

Hace seis años que forma parte de una cooperativa, el grupo de teatro El Telón, con el cual ha viajado, invitado, por Europa y Latinoamérica. Se reparten las ganancias y las pérdidas. Acá se preocupan de dar sus obras en canchas de fútbol y gimnasios de poblaciones. Llegan así a unas 40 ó 50 mil personas con cada una.

Empezó escribiendo poesía, basado en lo que había vivido, "conventillos, campo, soledad", resume. Desde pequeño acumuló múltiples y universales lecturas, como un voraz autodidacta. Recuerda dos títulos patéticos pero influyentes: *Tengo*



Juan Radrigán: con Raúl Osorio (a la derecha), director de dos de sus obras

hambre del alemán George Finks y *Santa Miseria*, del finlandés Frank Schillampa. Y todo Samuel Beckett. La literatura social de los chilenos Nicómedes Guzmán o de Antonio Acevedo Hernández no lo convencieron. Encontró sus obras "muy lloronas y puro grito... Las obras de teatro eran folklóricas, los pobres aparecían siempre como los tontos de la película, o muy buenos y tontos o curados e irresponsables".

Miseria digna

Le carga el panfleto y defiende un teatro de "reflexión crítica". Le encantaría hacer una teleserie, pero sin censura, en democracia. Los protagonistas de sus obras son seres marginales que viven en situaciones "límite".

Aislados, despojados de todo y enfrentados a un poder omnímodo pero invisible, que es un antagonista al que temen. Viven en la miseria, enfermos de soledad ante la sociedad y ante Dios, en ranchos míseros, sitios eriazos, prostíbulos u oscuros bodegonos. Su lucha se da cotidianamente en pequeños gestos. Su meta es la libertad y la justicia, a la cual creen que llegarán conquistando primero su dignidad personal (HOY N°s. 340 y 368).

Eso también ocurre en *Pueblo del mal amor*, obra pronta a estrenarse, el 23, en el Teatro de la U. Católica, dirigida por Raúl Osorio (*El loco y la triste*). Doce personajes representan a una alegórica población llamada Otoño, que fue erradicada a

un sitio abandonado, y quedó condenada a seguir buscando un lugar donde vivir. Allí, lo naturalista, lo mágico y lo metafísico se dan la mano.

—¿Por qué tituló así su obra?

—Surgió de la realidad. Más allá de Puñedo hay un pueblo que se llama así: Pueblo del mal amor. Porque durante la Independencia iban a pasar por ahí San Martín y O'Higgins y en este pueblo organizaron una fiesta inmensa para celebrarlos, pero ellos no se detuvieron. Por ahí no pasó la libertad, no paró.

—El tema es verídico...

—Leí en un diario sobre una erradicación de una población que hubo por allá por el año 1976 ó 78 y que mucho después fue a dar al paradero 36 de Santa Rosa. Un día, con El Telón, fuimos allá a dar una función, porque era un día de fiesta: iban a celebrar la luz, la instalación de los cables eléctricos.

"Entonces una señora me contó la historia. Los habían metido de madrugada en unos camiones y los habían tirado por allá lejos, por Pudahuel abajo, en un terreno baldío donde sólo había un barracón. Y ellos decían '¿dónde vamos a comer, de dónde vamos a sacar agua?'. No se quisieron quedar y comenzaron entonces a deambular para buscar un sitio estable donde vivir".

—El drama habla de esa búsqueda exterior, de un sitio, pero también de una búsqueda interior, de una identidad...

—Trata de la búsqueda de un lugar donde vivir que hace un pueblo oprimido.

Hay dos posiciones: una —la de David— dice que hay que tomarse una población y que ya no se puede andar más; la otra —la de Moisés— cree que debe haber una solución más permanente. Es decir, primero encontrarse a sí mismos y conseguir la igualdad por medio de la dignidad. Hay ahí una rebeldía social y metafísica...

—¿Cree que esa búsqueda es condición previa al cambio colectivo?

—Sí, en todos los terrenos. Yo fui varias veces presidente de sindicato ¿no?. Pero no me querían porque yo siempre decía que primero teníamos que aprender a llegar a la hora y andar limpios.

“Por ejemplo, en la industria donde yo laboraba había un trabajador que quedaba ubicado en una máquina cerca de la puerta y siempre tenía que abrirla al patrón. Un día decidimos que nunca más le abriría la puerta. Ese simple hecho hasta nos costó un paro. Pero sacamos un poquito de dignidad”.

—En ese contrapunto entre la rebeldía exterior, y el cambio pausado, interior. ¿Tiene usted alguna vía preferencial?

—No, en la obra no. Aunque en la vida a veces me gusta mucho la posición de David. Porque hay ocasiones en que no queda otra: Si yo hubiera estado en esa erradicación, habría estado con la postura de tomarse los terrenos. Hay situaciones ‘límite’ que traspasan toda lógica humana y de ahí surge una defensa frente a una violencia engendrada por otros.

—Esos pobladores de la obra también son una analogía del país...

—Claro. Por eso ellos dicen que vienen ‘de un país duro de norte y verde de sur’: eso es Chile. Esas dos búsquedas que plantea la obra están en Chile.

—En este ‘Pueblo del mal amor’ hay ausencias que están presentes, personajes que han muerto, como en ‘Pedro Páramo’ de Juan Rulfo y en otras obras suyas...

—Sí, porque a la gente la matan, la torturan, la relegan, la erradican, la exilian, pero sigue ahí. Queda en la memoria del pueblo y eso crece y echa raíces y después viene otra gente y hace lo mismo. El problema de la muerte me interesa muchísimo a mí. Uno tiene que morir, ¿no?, pero hay una injusticia enorme cuando alguien se agarra el monopolio de la muerte, cuando los militares y la policía entran a las poblaciones o a las universidades... entonces esa muerte ya deja de ser muerte justa... es algo impuesto, es un castigo...

—En ‘Hechos consumados’ y ‘El toro por las astas’ usted plantea la muerte o el ‘paso p’al otro lao’ como salvación del dolor de vivir... ¿No es amargo eso?

—Siempre dicen que soy amargo, pero yo me considero un optimista trágico. Es decir, creo que vale la pena vivir, pero no es muy alegre hacerlo. Porque faltan muchas cosas. Sólo se puede vivir rescatando la dignidad, haciendo sólo lo que uno considera que está bien, no dejándose avasallar.

—¿Qué relaciones tiene con Dios?

—Tengo buenas relaciones, pero lo que pasa es que Él está muy infiltrado por el Papa y algunos cardenales. Tiene a muchos enquistados en estructuras de po-



Elenco de “Pueblo del mal amor”: erradicados en busca de un lugar donde vivir

der... Sí... tengo relaciones más personales con Dios, pero sucede que él tiene una visión global de lo que pasa del Principio al Fin, y no le interesa mucho lo que pasa en el Intermedio, porque sabe que el final es bueno. Pero en eso yo no estoy de acuerdo. Porque cada hombre vale lo que una generación, cada persona vale aquí en este momento y no se puede sacrificar a nadie...

—Esa analogía que hace en la obra entre los pobladores guiados por el líder Moisés y el Exodo bíblico, ¿implica una postura religiosa suya?

—Yo era católico, pero Dios me perdo-

nó (dice riéndose). Yo tomo esa alegoría pero no en un sentido católico. Leo mucho la Biblia porque me parece extraordinariamente poética. Pero planteo eso como una búsqueda de la humanidad de la persona. Tomo a Moisés y el Exodo, porque todavía ese Exodo continúa.

“En la obra todos han muerto y sólo queda uno —Remigio— que está predestinado a sobrevivir, para contar. Los otros quedan vagando. Mientras uno no cuente eso, ellos, los que como los personajes andan por ahí vagando, sin tumba, no van a tener un lugar donde morir. No tuvieron un lugar donde vivir y tampoco un lugar donde morir”.

Obras de Radrigán

1. Testimonio de las muertes de Sabina (1979). Teatro El Angel.
2. Cuestión de ubicación (1980). Parte de *Viva Somoza*. Teatro Imagen.
3. Las Brutas (1980). Teatro El rostro de Concepción y otros.
4. El loco y la triste (1980). El Telón.
5. Redoble fúnebre para lobos y corderos (1981). Varias actrices.
 - a. Isabel desterrada en Isabel (monólogo).
 - b. Sin motivo aparente (monólogo).
 - c. El invitado (diálogo).
6. Hechos consumados (1981). El Telón.
7. El toro por las astas (1982). El Telón.
8. Informe para indiferentes (1983). Jaime Wilson y Adolfo Assor.
9. La felicidad de los García (1983). Video de Productora Ictus.
10. Las voces de la ira (1985). El Telón.
11. Made in Chile, (1985). El Telón.
12. Pueblo del mal amor (1985). Teatro Universidad Católica. Estreno: de mayo.
13. Los borrachos de la luna (1986). El Telón. Montaje en preparación.
14. Ensilla tus sueños y vas a cabalgar en ellos (1986). Teatro de Fernando González. (Montaje comienza en junio).
15. Tengo aparición de la verdad (1986) (monólogo).

(La puesta en escena de estas obras no sólo se ha realizado en Chile. Numerosos grupos de teatro europeos y latinoamericanos las han presentado. También se han hecho cintas de video y cine basadas en ellas).